

EPISODIO TERCERO

LA JOVEN DE LOS OJOS DE ORO

A Eugenio Delaroix, pintor.

Uno de los espectáculos que causan mayor asombro es indudablemente el aspecto general de la población parisiense, pueblo horrible, lívido, amarillo, curtido. ¿No es París un vasto campo incesantemente agitado por una tempestad de intereses, bajo la cual se mece una mies de hombres que son segados por la muerte con más frecuencia que en otras partes y cuyos rostros contorneados y torcidos despiden por todos los poros la gracia, los deseos y las pasiones de que están henchidos sus cerebros? pero nó, no son caras, sino máscaras, máscaras de debilidad, máscaras de fuerza, máscaras de miseria, máscaras de alegría, máscaras de hipocresía, estenuadas, con marcas inefables de una avidez jadeante. ¿Qué quieren? ¿Oro ó placeres?

Algunas observaciones acerca del alma de París pueden explicar las causas de su fisonomía cadavérica, que sólo tiene dos edades, la juventud y la vejez; juventud pálida y descolorida y vejez acicalada que quiere parecer joven. Viendo este pueblo exhumado, los extranjeros que no acostumbra á reflexionar, sienten al principio cierto despego por esta capital, vasto taller de goces, de donde á poco no pueden salir, y se quedan gustosos á deformarse. Pocas palabras bastarán para justificar fisiológicamente la tez casi infernal de las figuras parisienses, pues no es sólo por broma por lo que París ha sido llamado infierno. No dudéis de esta verdad: Aquí todo humea, todo arde, todo brilla, todo hierve, todo flamea, se evapora, se extingue, se enciende,

chispea y se consume. Jamás vida alguna de ningún país fue más ardiente. Esta naturaleza social siempre en fusión parece decirse después de acabar una obra: «¡A otra!» como se lo dice la propia Naturaleza. Al igual que la Naturaleza, esta naturaleza social se ocupa de insectos, flores de un día, de bagatelas, y provee así de fuego y llama á su eterno cráter. Tal vez antes de analizar las causas que son una fisonomía especial á cada tribu de esta nación inteligente y agitada, es preciso señalar la causa general que priva de color y pone lívidos y morenos á sus individuos.

Á fuerza de interesarse por todo, el parisiense acaba por no interesarse por nada. No dominando ningún sentimiento en su faz gastada por el frote, se vuelve gris como el yeso de las casas que han recibido toda clase de polvo y de humo. En efecto, indiferente la vispera á lo que le ha de entusiasmar al día siguiente, el parisiense, sea cual fuese su edad, vive como un niño: murmura de todo, se consuela de todo, se burla de todo, lo olvida todo, lo quiere todo, lo prueba todo, lo toma todo con pasión y lo deja todo con indiferencia: sus reyes, sus conquistas, su gloria, su ídolo, sean de bronce ó de vidrio, los arroja y los desprecia como hace con sus medias, con su sombrero y con su fortuna. En París ningún sentimiento resiste al torbellino de las cosas, y su corriente obliga á una lucha que aplaca las pasiones, convirtiendo el amor en un desco y el odio en una veleidad. Ni hay aquí más pariente verdadero que el billete de mil francos ni mas amigo que el Monte de piedad. Este abandono general da sus frutos, y, lo mismo en el salón que en la calle, nadie está de más, nadie es absolutamente útil, nadie es absolutamente dañoso, ni los tontos ni los bribones, ni las gentes de talento ni los probos. Todo es aquí tolerado, el gobierno y la guillotina, la religión y el cólera. Siempre convenís á esta ciudad sin que nunca pueda echaros en falta. ¿Quién domina pues en este país sin costumbres, sin creencias, sin ningún sentimiento, pero del que parten y al que concurren todos los sentimientos, todas las creencias y todas las costumbres? El oro y el placer. Tomad estas dos palabras como una luz y recorred esta gran jaula siguiendo los arcanos del pensamiento que la agita. Mirad, examinad en primer término el mundo que no tiene nada. El obrero, el proletario, el hombre que mueve sus pies, sus manos, su lengua, su espalda, su único brazo, sus cinco

dedos para vivir; pues bien, este que era el primero que debía economizar el principio de su vida, se excede á sus fuerzas, engancha á su mujer á alguna maquina, y estropea á su hijo clavándole junto á una rueda. El fabricante que en sus manos sucias forma y dora las porcelanas, cose los trajes, reforma el hierro, labra la madera, teje el acero, satina los broncees, festona el cristal, imita las flores, doma los caballos, hace los arneses y los galones, pinta los coches, pule los metales, talla el diamante, transforma en hojas el mármol, labora el pensamiento y colorea, enblanquece y ennegrece todo, este subjefe ha venido á prometer á este mundo de sudor y de voluntad, de estudio y de paciencia, un salario excesivo, ya en nombre de los caprichos de la Villa, ya á la voz del monstruo llamada especulación. Entonces estos cuadrumanos se han puesto á velar, á padecer, á trabajar, á jurar, á ayunar, á andar, todos se han excedido para ganar ese oro que les fascina. Despues, indiferentes ante el porvenir, ávidos de goces, contando con sus brazos como el pintor cuenta con su paleta, grandes señores de un día lanzan su dinero el lunes en las tabernas las cuales son para la villa una especie de cinturón de lodo, cinturón de la más impúdica de las venus, en el que se pierde como en el juego la fortuna periódica de este pueblo, tan feroz en el placer como tranquilo en el trabajo. Durante cinco días, pues, ningún reposo para esta parte activa de París: se entrega á movimientos que la hacen deformarse, engordar, adelgazar, palidecer, transformarse, en mil fragmentos de voluntad creadora. Después de su placer, su reposo es una fatigosa crápula, de piel morena, livida de embriaguez ó amarilla de indigestión, que no dura más que dos días, pero que roba el pan del porvenir, la sopa de la semana, las ropas de la mujer, los andrajosos trapitos del niño. Estos hombres nacidos sin duda para ser bellos, pues toda criatura tiene su belleza relativa, se han alistado desde la infancia bajo las órdenes de la fuerza, bajo el reinado del martillar de las tijeras, de la hilatura, y se han vulcanizado rápidamente. Vulcano, con su fealdad y su fuerza (no es el emblema de esa nación fea y fuerte, sublime de inteligencia mecánica, paciente á sus horas, terrible una vez en su siglo, inflamable como la pólvora preparada para el incendio, revolucionaria como el aguardiente, y bastante genial para obedecer siempre á las palabras que signifiquen siempre

oro y placer? Incluyendo á todos los que tienden la mano para pedir una limosna, este pueblo cuenta trescientos mil individuos. A no ser por la taberna ¿no sería derribado el gobierno todos los martes? Afortunadamente, el martes, este pueblo está aletargado, incuba su placer, no tiene un céntimo, y vuelve al trabajo, al pan seco, estimulado por una necesidad material, que para él se convierte en hábito. Sin embargo, este pueblo tiene sus fenómenos de virtud, sus hombres completos, sus Napoleones desconocidos que son el tipo de sus fuerzas llevadas á su más alta expresión y resumen su alcance social en una existencia en que el pensamiento y el movimiento se combinan más bien para regularizar la acción del dolor que para procurarse goces.

La casualidad ha hecho á un obrero económico, la casualidad le ha gratificado con una idea, el pobre ha podido fijar sus ojos en el porvenir, ha encontrado una mujer, se ha visto padre, y después de algunos años de duras privaciones, emprende el comercio de mercería poniendo una tienda. Si la enfermedad y el vicio no le detienen en su senda, si ha prosperado, hé aquí el croquis de esta vida normal.

Ante todo, salud á este rey del movimiento parisiense que se ha sometido al tiempo y al espacio. Si, salud á esta criatura compuesta de pólvora y de gas que dá hijos á Francia durante sus noches laboriosas y multiplica durante el día su individuo para el servicio, la gloria y el placer de sus conciudadanos. Este hombre resuelve el problema de atender á la vez á una mujer amante, á su hogar, al Constitucional, á su oficina, á la guardia nacional, á la Ópera, y á Dios; pero para transformar en escudos el Constitucional, la oficina, la Ópera, la guardia nacional, la mujer y Dios. En fin, salud á un irreprochable acumulador. De pie todos los días á las cinco de la mañana, ha franqueado como un pájaro el espacio que separa su domicilio de la calle de Montmartre. Que haga viento ó que truene, que nieve ó que llueva, está en el Constitucional y espera allí la carga de periódicos, de cuya distribución está encargado. Recibe este pan político con avidez, lo toma y se lo lleva. A las nueve, está en el seno de su hogar, le suelta á su mujer un beso ó un equívoco, toma una taza de café, ó riñe á sus hijos. A las diez menos cuarto aparece en la Alcaldía. Una vez allí, se sienta en un sofá é inscribe sin soltar una

sonrisa ni una lágrima, los nacimientos y las defunciones de todo el distrito. La dicha y la desgracia del barrio pasan por su pluma como el espíritu del Constitucional viajaba poco antes sobre sus hombros. ¡Nada le pesa! Marcha siempre adelante, no contradice á nadie, grita ó aplaude á todo el mundo y vive como una golondrina. A dos pasos de su parroquia, en caso de una ceremonia importante, puede dejar su plaza á un supernumerario é ir á cantar un requiem á la iglesia donde es los domingos y días de fiesta un gran adorno con su imponente voz y donde retuerce con energía su enorme boca haciendo resonar un gozoso *Amen*. Es el chantre. Libre á las cuatro de su servicio oficial, aparece para comunicar la alegría y el júbilo á la tienda más célebre de la Cité. Feliz con su mujer, no tiene tiempo para estar celoso y es más bien hombre de acción que de sentimiento. Tan pronto como llega, provoca á las señoritas del mostrador, cuyos ojos vivos atraen á muchos parroquianos, se regocija contemplando las toquillas y demás trabajos que elaboran aquellas hábiles obreras, y más frecuentemente aún antes de comer, sirve á una parroquiiana, copia una página del diario ó lleva á casa del alguacil alguna letra retrasada. A las seis, un día sí y otro no, está fiel en su puesto: bajo inamovible de los coros, se encuentra en la Ópera, dispuesto á ser soldado, árabe, prisionero, salvaje, aldeano, sombra, pata de camello, león, diablo, genio, esclavo, eunuco, negro ó blanco, siempre hábil para producir alegría, dolor, piedad, asombro, para lanzar invariables gritos, para callarse, cazar, batirse, representar Roma ó Egipto, pero siempre mercero en el fondo. Á las doce de la noche vuelve á ser buen marido, hombre, padre cariñoso, se desliza en el lecho conyugal con la imaginación excitada aun por las atractivas ninfas de la Ópera, y de este modo, hace redundar en provecho del amor conyugal las depravaciones del mundo y los voluptuosos movimientos de piernas de la Tagliani. En fin, si duerme, lo hace aprisa y despacha su sueño como va despachando la vida. ¿No es esto el movimiento hecho hombre, el espacio encarnado, el proteo de la civilización? Este hombre lo resume todo: historia, literatura, política, gobierno, religión, arte militar. ¿No es una enciclopedia animada, un atlas grotesco, en marcha sin cesar como París, y que no reposa nunca? En él todo son piernas. Ninguna fisonomía sabría conservarse pura en tales

trabajos. Al decir de algunos filósofos con rectas, tal vez el obrero que muere á los treinta años con el estómago curtido por las dosis progresivas de su aguardiente, sea más feliz que el mercero. El uno perece de un sólo golpe y el otro poco á poco. De sus ocho industrias, de sus hombros, de su garganta, de sus manos, de su mujer y de su comercio, éste saca hijos, algunos miles de francos y la dicha más laboriosa que jamás haya recreado el corazón de un hombre. Esta fortuna y estos hijos, ó los hijos que lo resume todo para él, pasan á ser presa del mundo superior á donde él lleva sus escudos y su hija ó su hijo educado en un colegio y que contando con más instrucción que su padre dirige un poco más alto sus ambiciosas miradas. Frecuentemente el hijo menor de un comerciante quiere ser algo en el Estado.

Esta ambición introduce el pensamiento en la segunda esfera parisiense. Subid, pues un piso é id al entresuelo, ó bajad de la buhardilla y quedaos en el cuarto; en fin penetrad en el mundo que tiene algo: allí el mismo resultado. Los comerciantes al por mayor y sus dependientes, los empleados de los pequeños banqueros y las gentes de gran probidad, los bribones, los testaferros, los primeros dependientes y los últimos; los pasantes del alguacil, del procurador, del notario, en fin los miembros activos y especuladores de esa pequeña burguesía que tritura los intereses de París, acapara artículos, almacena los productos fabricados por los proletarios, embarrila los productos del Mediodía, los peces del Océano y los vinos de cualquier país; que tiende sus manos hacia Oriente para apoderarse de los chales despreciados por los turcos y los rusos, que va á recolectar cosechas hasta las Indias, aspira al beneficio, descuenta los efectos, acecha los caprichos de la infancia, espía los vicios de la edad madura; pues bien, sin beber aguardiente como el obrero, sir ir á enfangarse en las barreras, todos hacen más de lo que les permiten sus fuerzas, poniendo á contribución su cuerpo y su moral, y abismándose en precipitadas carreras. En ellos la torsión física se realiza bajo el látigo de los intereses, bajo el azote de las ambiciones que atormenta á los mundos elevados de esta monstruosa ciudad, como la de los proletarios se ha realizado bajo el influjo cruel de las elaboraciones materiales incesantemente deseadas por el despotismo de la voluntad aristocrática. Aquí pues, también para obedecer á este amo universal, al placer

ó al oro, es preciso devorar el tiempo, sacarle al día y á la noche más de veinticuatro horas, enervarse, matarse, vender treinta años de vejez por dos de un reposo enfermizo. Unicamente que el obrero muere en el hospital cuando se ha operado ya su desgaste, mientras que la clase media persiste en vivir y vive, pero cretinizada; la encontraréis con la cara gastada, vieja, sin resplandor en los ojos, sin firmeza en las piernas, arrastrándose con aire alelado por los bulevares que son el cinturón de su Venus, de su villa querida. ¿Qué desea el de la clase media? el sable del guardia nacional, un inmutable cocido, un lugar decente en el cementerio y para su vejez un poco de oro legitimamente ganado. Su lunes es el domingo, su descanso es el paseo en coche de alquiler, la gira campestre, durante la cual su mujer y sus hijos tragan alegremente el polvo ó se achicharran al sol; su expansión es el fondista cuya venenosa comida tiene fama ó algún baile de familia donde se ahoga hasta las doce de la noche. Algunos necios se asombran de la actividad de que están atacados los microbios que el microscopio permite ver en una gota de agua; ¿pero qué diría el Gargantua de Rabelais, que diría este gigante caído de las esferas celestiales si se entretuviese en contemplar el movimiento de esta segunda vida parisiense, una de cuyas fórmulas es ésta? ¿Habéis visto esas pequeñas barracas frías en verano y sin más hogar en invierno que un brasero? La señora está allí desde por la mañana, es empleada del mercado, y según dicen, gana en este oficio mil doscientos frances anuales. Cuando la señora se levanta, el señor pasa á su sombrío despacho, donde presta con usura á los comerciantes de su barrio. A las nueve se encuentra en la oficina de pasaportes, en la que ejerce el cargo de subjefe, y por la noche está en la taquilla del teatro Italiano ó de cualquier otro que queráis escoger. Los hijos están dados á la nodriza y no vuelven á París más que para ir de internos á un colegio. Los señores viven en el tercer piso, no tienen más que una cocinera, y dan bailes en un salón de ocho pies de ancho por doce de largo, alumbrado por quinqués; pero le dan ciento cincuenta mil francos á su hija y descansan á los cincuenta años, edad en que comienzan á aparecer en los palcos de la Ópera en un coche en Longchans, ó de paseo en los bulevares los días que hace buen tiempo. Estimados en el barrio, amados por el gobierno, emparentados con la alta

burguesía, el señor obtiene á los sesenta años la cruz de la Legión de Honor, y el padre de su yerno, alcalde de distrito, le invita á sus veladas. Estos trabajos de toda una vida sólo son provechosos á los hijos de esa clase media, que tiende fatalmente á elevarlos á la alta. Cada esfera tiene puestos los ojos en la esfera superior. El hijo del rico abacero se hace notario, y el hijo del almacenista de maderas se hace magistrado.

Hemos ya, pues, llegado al tercer círculo de este *Infierno*, que tal vez tendrá algún día un Dante. En este tercer círculo social, especie de vientre parisiense, donde se digieren los intereses de la villa, y donde se condensa bajo la forma titulada *negocios*, se remueve y se agita mediante un acre movimiento intestinal la multitud de los procuradores, médicos, notarios, abogados, agentes de negocios, banqueros, comerciantes al por mayor, especuladores, magistrados. Aquí se encuentran aun más causas para la destrucción física general, que en ninguna otra parte. Casi todas estas gentes viven en infectos despachos, en sucias audiencias, en pequeñas oficinas y pasan el día encorvados bajo el peso de los negocios, levantándose al amanecer para no dejarse robar, para ganar algo, para no perder nada, para coger á un hombre ó su dinero, para entablar ó terminar un negocio, para sacar partido de una circunstancia fugitiva, para colgar á un hombre ó ponerlo en libertad. Emplean los caballos, los revientan y les hacen envejecer antes de tiempo. Este es su tirano, y les falta siempre, se les escapa sin que puedan estirarlo ni comprimirlo. ¿Qué alma puede permanecer grande, pura, moral, generosa, y por consiguiente, qué cara puede conservarse bella con el depravante ejercicio de una profesión que obliga á soportar el peso de las miserias públicas, á analizarlas, á pesarlas y á estimarlas? Estas gentes pierden su corazón, ¿dónde?... no lo sé; pero, cuando lo tienen, lo dejan en alguna parte, antes de descender todas las mañanas al fondo de las penas que agobian á las familias. Para ellos no hay misterios, y la reverso de la sociedad de quien son confesores, y la desprecian. Ahora bien, hagan lo que quieran, á fuerza de rozarse con la corrupción, sienten horror por ella y se entristecen, ó por cansancio, ó por transacción secreta se avienen con ella; en fin, tienen que hastiarse necesariamente de los sentimientos, sobre todo aquellos á quienes los hom-

bres, las instituciones y las leyes hacen volar como cornejas sobre los cadáveres calientes aun. A todas horas, el hombre de dinero pesa á los vivos, el hombre de los contratos pesa á los muertos y el hombre de la ley pesa las conciencias. Obligados á hablar sin cesar, substituyen la idea por la palabra y el sentimiento por la frase, y su alma se convierte en una laringe. Se gastan y se desmoralizan. Ni el gran negociante, ni el juez, ni el abogado conservan completos sus sentidos: ya no sienten. Llevados por su existencia borrascosa, no son esposos, ni padres, ni amantes y viven siempre empujados por los negocios de la gran ciudad. Cuando entran en sus casas, son requeridos para ir al baile ó á la Opera y concurren para procurarse clientes, relaciones y protectores. Todos comen desmesuradamente, juegan, trasnochan, y sus rostros se vuelven mofletudos y encarnados. A tan terrible gasto de fuerzas intelectuales, á tan múltiples contracciones morales, oponen, no ya el placer, que es demasiado débil y no produce ningún contraste, sino la crápula, la bacanal secreta y espantosa, pues pueden disponer de todo y son los que forman la moral de la sociedad. Su estupidez real se oculta bajo una ciencia especial. Conocen su profesión, pero ignoran todo lo que no concierne á ésta, y entonces para salvar su amor propio, lo ponen todo en tela de juicio, critican á tuertas y á derechas, parecen excépticos, siendo en realidad papamoscas y ahogan su ingenio en interminables discusiones. Casi todos adoptan cómodamente las preocupaciones sociales literarias ó políticas para evitarse el tener una opinión, del mismo modo que ponen su conciencia al abrigo del código ó del tribunal de comercio. Habiendo empezado muy jóvenes por ser hombres notables, pasan á ser medianías y trepan hasta las cimas del mundo; así es que sus caras ofrecen esa amarga palidez, esos falsos colores, esos ojos empañados y ojerosos, esas bocas charlatanas y sensuales donde el observador reconoce los síntomas de la vulgaridad del pensamiento y su rotación en el circo de una especialidad que mata las facultades generadoras del cerebro, y el dón de ver en grande y de generalizar y destruir. Casi todos se vuelven avellanados en el manejo de los negocios, de suerte que jamás puede llegar á ser grande el hombre que se deja coger en el engranaje de estas inmensas máquinas. Si es médico, ó ha practicado poco la medicina ó es una excepción, un Bichat

que muere joven. ¿Ejerció Robespierre? Dantón era holgazán que esperaba. Pero, por otra parte, ¿quién ha envidiado nunca á Dantón ni á Robespierre, por soberbias que puedan ser sus figuras? Aquellos hombres atareados por excelencia atraen hacia sí el dinero y lo amontonan para liarse con las familias aristocráticas. Si la ambición del obrero es como la de la clase media, en ésta se encuentran sus mismas pasiones. En París la vanidad resume todas las pasiones. El tipo de esta clase sería el burgués ambicioso, que, después de una vida de angustias y de maniobras continuas entra en consejo de estado cual entra una hormiga por una rendija, ora algún redactor de periódico, cargado de intrigas, á quien el rey ha hecho par de Francia, tal vez para vengarse de la nobleza; ora algún notario que ha llegado á ser alcalde de su distrito, en una palabra, gentes todas aplastadas por los negocios, y que si logran su objeto, lo logran cuando están ya muertos.

Sobre esta esfera vive el mundo artístico, pero en él los rostros marcados con el sello de la originalidad, están cansados, fatigados, son sinuosos. Excediéndose á causa de la necesidad de producir y de sus costosos caprichos, cansados por un genio devorador, hambrientos de placer, todos los artistas de París quieren llenar con un trabajo excesivo las lagunas creadas por la pereza y tratan en vano de conciliar el mundo y la gloria, el mundo y el arte. Al empezar, el artista está sin cesar jadeante á causa del acreedor; sus necesidades engendran las deudas, y las deudas exigen las pérdidas de noches. Después del trabajo, el placer. El cómico juega hasta media noche, estudia por la mañana y ensaya á mediodía; el escultor se encorba sobre la estatua, el periodista es un pensamiento en marcha, como el soldado en guerra, el pintor de boga está agobiado de trabajo y el pintor sin ocupación se roe las entrañas si se siente hombre de genio. La competencia, las rivalidades, las calumnias asesinan estos talentos. Los unos desesperados ruedan por los abismos del vicio, los otros mueren jóvenes é ignorados por haber querido vivir demasiado aprisa. Pocas de estas figuras sublimes primitivamente permanecen bellas. Por otra parte, la radiante belleza de sus cabezas no suele ser comprendida. Un rostro de artista es siempre exorbitante y está siempre por encima ó por debajo de las líneas convenidas, por lo que los imbéciles llaman el bello ideal. ¿Qué

poder les destruye? La pasión. Toda pasión en París se resume en dos palabras: oro y placer.

¿No respiráis ahora? ¿No sentís el aire y el espacio purificados? Aquí no hay trabajo ni penas. La ondulante voluta del oro ha llegado á las cimas. Del fondo de los sumideros, desde el fondo de las tiendas, desde el seno de los mostradores y de las grandes oficinas donde se deja poner en barras, el oro, en forma de dotes ó de herencias, llevado por la mano de las jóvenes ó por las huesosas del anciano, se encamina hacia la gente aristocrática donde va á relucir y á brillar. Pero antes de dejar los cuatro terrenos en que se apoya la alta propiedad parisiense, ¿no es preciso después de las causas morales citadas, deducir las causas físicas, y hacer notar una peste, subyacente por decirlo así, que obra constantemente sobre las caras del portero, del tendero y del obrero, y señalar una deletérea influencia, cuya corrupción iguala á la de los gobernantes parisienses que la dejan complacientemente subsistir? Si el aire de las casas en que vive la mayor parte de la clase media es infecto, si la atmósfera de las calles despidе miasmas crueles, en trastiendas donde el aire se enrarece, sabed que además de esta pestilencia, las cuarenta mil casas de esta gran villa bañan sus pies en inmundicias que el poder no ha querido aun seriamente rodear de muros que impidiesen que el más fétido barro se filtre á través del suelo y envenene los pozos. La mitad de París descansa sobre las exhalaciones pútridas de los corrales, de los patios y de las calles. Pero entremos en los grandes salones aireados y dorados, en los palacios con jardines, en el mundo rico, ocioso, feliz, con rentas. Las caras están allí radiantes de vanidad. Allí nada es real. Buscar el placer ¿no es encontrar el aburrimiento? Las gentes del gran mundo aniquilan muy pronto su naturaleza. Como no se ocupan más que de buscar goces, abusan de sus sentidos como el obrero abusa del aguardiente. El placer es como ciertas substancias medicinales; para obtener constantemente los mismos efectos, es preciso doblar las dosis y generalmente la última acarrea la muerte ó el embrutecimiento. Todas clases inferiores están agazapadas ante los ricos y acechan sus gustos para convertirlos en vicios y explotarlos. ¿Como resistir á las hábiles seducciones que se tramam en este país? Así es que París tiene sus *terialkis* para quienes el juego, la gastrolatría y la cortesana son una

especie de opio; así es que se ve que esas gentes tienen muy pronto gustos más bien que pasiones, caprichos novelescos y amores frívolos. Allí reina la impotencia; allí no más ideas porque se han extinguido como la energía en medio de los mismos del galanteo y de las caricias femeninas. Hay allí donceles inexpertos de cuarenta años y viejos doctores de dieciséis. Los ricos encuentran en París ingenio hecho, ciencia mascada y opiniones formuladas que les dispensan de tener talento, ciencia ú opinión. En este mundo, la sinrazón es igual á la debilidad y al libertinaje. A fuerza de perder tiempo, se llega á sentir avaricia de él. No busquéis allí más afectos que ideas. Los besos esconden una profunda indiferencia y la cortesía un desprecio continuo. Allí nunca se ama al prójimo. Frases sin profundidad, muchas indiscreciones, chismografía, vulgaridades; tal es el fondo de sus conversaciones; pero estos desgraciados *felices*, pretenden que no se reunen para hacer y decir máximas á la manera de La Rochefoucauld, como si no existiese un medio, hallado por el siglo XVIII entre lo excesivamente lleno y lo absolutamente vacío. Si algunos hombres de valer hacen alguna broma fina y ligera, no son comprendidos, y por lo tanto, se cansan de dar y no recibir, y permanecen en sus casas, dejando que los necios reinen en su terreno. Esta vida vacía, esta espera continua de un placer que no llega nunca, este aburrimiento permanente, esta inanición de espíritu, de corazón y de cerebro, este cansancio de la gran sociedad parisiense, se reproduce en las facciones y confecta esas caras de cartón, esas arrugas prematuras, esa fisonomía de los ricos, donde gesticula la impotencia, se refleja el oro y brilla por su ausencia la inteligencia.

Esta vista del París moral prueba que el París físico no podía ser distinto de lo que es. Esta villa con diadema es una reina que, embarazada siempre, siente irresistiblemente furiosos deseos. París es la cabeza del globo, un cerebro que revienta de ingenio y conduce la civilización humana, un gran hombre, un artista incesantemente creador, un político profundo que debe ver necesariamente las arrugas del cerebro, los vicios del gran hombre, los caprichos del artista y las estenuaciones del político. Su fisonomía denota la germinación del bien y del mal, el combate y la victoria, la batalla moral del ochenta y nueve, cuyas trompetas resuenan aun en todos los rincones del mundo y

también el abatimiento de 1814. Esta villa no puede ser más moral, más cordial ni más limpia que la caldera motriz de esos magníficos vapores que admiráis endiendo las olas. ¿No es París un sublime hombre cargado de inteligencia? Sí, sus armas son uno de esos oráculos que se permite á veces la fatalidad. La villa de París tiene su palo mayor de bronce esculpido de victorias y por vigía á Naapoleón. Esta nave tiene su balanceo y contrabalanceo; pero surea el mundo, hace fuego por las cien bocas de sus tribunas, labora los mares científicos, boga en ellos á toda vela, y grita desde lo alto de sus masteleros por boca de sus sabios y de sus artistas que dicen «¡Adelante, marchad, seguidme!» y lleva una tripulación inmensa que se complace con empavesarlo con nuevas banderolas. Grumetes y chicuelos rien en sus cuerdas, su lastre es la clase media y en sus camarotes van los felices pasajeros, los elegantes aristócratas fumando sus cigarros. En el combés, sus soldados, innovadores ó ambiciosos abordan á todas las orillas y al mismo tiempo que les comunican luces piden gloria que es un placer ó amores que exigen oro.

Así pues, el movimiento exorbitante de los proletarios, la depravación de los intereses que tritura á las clases medias, las crueldades del pensamiento del artista y los excesos del placer incesantemente buscados por los grandes, explican la fealdad normal de la fisonomía parisiense. Sólo en Oriente ofrece la raza humana un busto magnífico; pero esto es efecto de la constante calma afectada por aquellos profundos filósofos de larga pipa, de piernas cortas, y de cuadrados torsos que desprecian el movimiento y sienten horror por él; mientras que en París, pequeños, medianos y grandes, corren, saltan y hacen cabriolas, azotados por una implacable divisa, por la necesidad; necesidad de dinero, de gloria y de diversión. Un rostro fresco, reposado, gracioso, verdaderamente joven, es allí la más extraordinaria de las excepciones, y se encuentra muy rara vez. Si veis alguno, seguramente pertenece á algún eclesiástico joven y ferviente, algún buen cura, cuadrágenario, con triple barba, alguna joven de costumbres puras, perteneciente á alguna familia de la clase media, alguna madre llena aun de ilusiones y que amamanta á su primogénito, á algún joven recién llegado de provincias y confiado á una viuda devota que lo tiene sin un céntimo ó tal vez algún dependiente de comer.

cio que se acuesta á las doce de la noche cansado de haber doblado y desdoblado indiana y que se levanta á las siete para abrir la tienda, ó acaso algún sabio ó algún poeta que viven monásticamente acariciando alguna hermosa idea, sobrios, pacientes y castos, ó algún tonto contento de sí mismo, reventando de salud y ocupado siempre en sonreirse, ó á la feliz especie de los callejeros, únicas gentes que viven felices en París, saboreando á cada paso sus animadas poesías. Sin embargo, hay en París una porción de seres privilegiados á los cuales les prueba bien este movimiento excesivo de las fabricaciones, de los intereses, de los negocios, de las artes y del oro. Estos seres son las mujeres. Aunque tengan también mil causas secretas, que aquí, más que en ningún otro sitio destruyan su fisonomía, se encuentran en el mundo femenino tribus felices que viven á la oriental y que pueden conservar su belleza; pero estas bellezas rara vez se muestran á pie por las calles y permanecen ocultas, como plantas raras que no despliegan sus pétalos más que á ciertas horas, y que constituyen verdaderas excepciones exóticas. Sin embargo, París es especialmente también el París de los contrastes. Si los sentimientos verdaderos son aquí raros, no faltan tampoco nobles amistades, cariños sin límites. En el campo de batalla de los intereses y de las pasiones, al igual que en medio de estas sociedades en que triunfa el egoísmo en que cada uno se cree obligado á defenderse á sí solo, parece que los sentimientos se complacen en ser completos cuando se presentan, y son sublimes por yuxtaposición; así, por ejemplo, en París, á veces en la alta aristocracia, se ven desparramados algunos encantadores rostros de jóvenes frutos de una educación y de costumbres excepcionales. A la juvenil belleza de la sangre inglesa, unen la firmeza de las facciones meridionales, el ingenio francés y la pureza de la forma. El fuego de sus ojos, la deliciosa rubicundez de sus labios, su tez blanca y el corte distinguido de sus caras, las convierten en hermosas flores humanas, magníficas sobre todo entre la masa de las demás fisonomías empañadas, ajadas, envejecidas. Así es que las mujeres admiran enseguida á esos jóvenes con ese ávido placer que sienten los hombres al contemplar una persona bonita, decente, graciosa y provista de todas las virginidades con que nuestra imaginación se complace en embellecer á la doncella perfecta. Si esta mirada rápidamente dirigida á la po-

blación de París, ha hecho concebir la rareza de una cara rafaesca y la admiración apasionada que debe inspirar á primera vista, quedará justificado el principal interés de nuestra historia. *Quod erat demonstrandum*, si está permitido aplicar las fórmulas de la escolástica á las costumbres.

Ahora bien, durante una de esas hermosas mañanas de primavera en que las hojas están ya verdes aunque empiezan á brotar; en que el sol comienza á hacer brillar los tejados y en que el cielo es azul; en que la población parisiense sale de sus alvéolos, va á zumbiar por los paseos y se desliza como una serpiente de mil colores por la calle de la Paz hacia las Tullerías; durante uno de esos alegres días, un joven, hermoso como la luz de aquel día, vestido con gusto, y desenvuelto en sus maneras (digámoslo en secreto) un hijo del amor, el hijo natural de lord Dudley y de la célebre marquesa de Vordac, se paseaba por el gran paseo de las Tullerías. Este Adonis, llamado Enrique de Marsay, nació en Francia donde lord Dudley casó á la joven, madre ya de Enrique, con un anciano hidalgo llamado señor de Marsay. Este testafarro reconoció al hijo por suyo mediante el usufructo de una renta de diez mil francos atribuida definitivamente á su hijo putativo, locura ésta que no costó cara á lord Dudley, porque las rentas francesas estaban entonces á diez y siete francos cincuenta céntimos. El anciano hidalgo murió sin haber conocido á su mujer. La señora de Marsay se casó después con el Marqués de Vordac; pero ya antes de llegar á ser marquesa se preocupaba muy poco por su hijo y por lord Dudley. En primer lugar la guerra declarada entre Francia é Inglaterra había separado á los dos amantes, y luego que la fidelidad nunca estará muy de moda en París. Aparte de esto, los éxitos de la mujer elegante, bonita y universalmente adorada, eclipsaron el sentimiento maternal de la parisiense. Lord Dudley hizo también tan poco caso de su primogenitura como la madre. La rápida infidelidad de una joven ardientemente amada, le hizo sin duda sentir una aversión por todo lo que provenía de ella. Por otra parte, ocurre tal vez que los padres no aman más que á los hijos á quienes conocen, creencia social ésta de la más alta importancia para el reposo de las familias y creencia también que deben defender los solterones, probando que la paternidad es un sentimiento que nace al calor de la mujer, de las costumbres y de las leyes.

El pobre Enrique de Marsay, no encontró padre más que en aquel de los dos que no estaba obligado á serlo, y como es natural, la paternidad del señor de Marsay fue muy incompleta. En el orden natural, los hijos sólo tienen padre por pocos momentos y el hidalgo imitó á la naturaleza. El buen hombre no hubiese vendido su nombre si no hubiese tenido vicios. Primero comió sin remordimiento en los figones y bebió en otras partes los pocos semestres que pagaba á los rentistas el Tesoro nacional, y después entregó el niño á una hermana vieja, á una señorita de Marsay, que lo cuidó con gran esmero y, con la escasa pensión que su hermano le señalaba, le procuró un preceptor, un sacerdote sin un céntimo que midió el porvenir del joven, y resolvió cobrar sus honorarios de los cien mil francos que había de heredar su pupilo al que le cobró cariño. Aquel preceptor era por casualidad, un verdadero sacerdote, uno de esos eclesiásticos tallados para llegar á ser cardenales, y en tres años, le enseñó al niño más de lo que éste hubiera aprendido en un colegio. Después, aquel gran hombre llamado Maronis, completó la educación de su discípulo haciéndole estudiar la civilización bajo todas sus fases, comunicándole su experiencia, llevándole muy poco á las iglesias que estaban entonces cerradas, y haciéndole concurrir mucho á los teatros y á casa de las cortesanas, enseñándole la política en el centro de los salones, que era en donde se hacía entonces, é intentando reemplazar virilmente á su madre; porque ¿no es la iglesia la madre de los huérfanos? El discípulo correspondió á tantos cuidados. Aquel digno hombre murió siendo obispo en 1812 con la satisfacción de haber dejado en la tierra un muchacho, cuyo corazón y talento estaban tan bien formados á los dieciséis años, que podía pasarse por debajo de la pierna á un hombre de cuarenta. ¿Quién se hubiera esperado encontrar un corazón de bronce y un cerebro alcoholizado bajo las apariencias más seductoras que los pintores antiguos hayan dado á la serpiente en el paraíso? Pero esto no es nada aún. Además, el buen diablejo del cura había hecho tramar á su hijo predilecto, en la alta sociedad de París, ciertos conocimientos que podían equivaler como producto en manos del joven á otros cien mil francos de renta. En fin, aquel sacerdote, vicioso, pero político, incrédulo, pero sabio; péfido, pero amable; débil en apariencia, pero tan vigoroso de cabeza como de cuerpo; fué tan real-

mente útil á su discípulo, tan complaciente con sus vicios, tan buen calculador, tan profundo y joven en la mesa, en Frascati y en... no sé donde, que el agradecido Enrique de Marsay, en 1814, no se enternecía más que contemplando el retrato de su querido obispo, única cosa moviliaria que hubiese podido legarle aquel prelado, admirable tipo de los hombres cuyo genio salvará á la Iglesia apostólica, católica y romana, comprometida en este momento por la debilidad de sus reclutas y por la vejez de sus pontífices.

La guerra continental impidió al joven de Marsay conocer á su verdadero padre, cuyo nombre es dudoso que hubiese sabido nunca. Hijo abandonado, no conoció tampoco á la señora de Marsay. Como es natural, sintió muy poco á su padre putativo. Respecto á la señorita de Marsay, su única madre, cuando murió hizo que le construyesen en el cementerio de Pere Lachaise una bonita tumba. El señor de Maronis le había garantizado á la solterona uno de los mejores puestos en el cielo, de suerte que al ver que moría feliz, Enrique derramó lágrimas egéstras poniéndose á llorar por sí mismo. Al ver aquel dolor el cura, secó las lágrimas de su discípulo advirtiéndole que la buena solterona tomaba tabaco de una manera asquerosa y se volvía tan fea, tan sorda y tan aburrida, que debía dar gracias á la muerte. El obispo había hecho emancipar á su discípulo en 1811. Después, cuando la madre del señor de Marsay se volvió á casar, el sacerdote, en un consejo de familia, le buscó uno de esos honrados acéfalos, escogido por él entre sus compañeros de confesionario, y le encargó que le administrase la fortuna, cuyas rentas aplicaban en caso necesario á la comunidad, pero cuyo capital deseaba conservar.

A fines del año 1814, Enrique de Marsay no tenía pues en la tierra ningún afecto obligatorio, y era tan libre como el pájaro en el aire. Aunque tenía veintidós años cumplidos, apenas representaba diez y siete. Generalmente, sus rivales más difíciles de convencer, le consideraban como el muchacho más guapo de París. De su padre, lord Dudley, tenía los ojos azules más amorosamente seductores; de su madre los cabellos negros más tupidos, y de ambos una sangre pura, un cutis de damisela, un aire dulce y modesto, un talle fino y aristocrático y unas manos muy hermosas. Verle una mujer y enloquecer por él era todo uno; ya sabéis. Era aquello concebir uno de esos deseos que muerden

el corazón, pero que se olvidan por la imposibilidad de satisfacerlos, pues la mujer carece generalmente en París de tenacidad. Pocas de ellas se dicen como los hombres: «*lo lograré.*» Bajo aquella frescura de vida y á pesar de la limpidez de su mirada, Enrique tenía un valor de león y una astucia de mono, cortaba una bala á diez pasos en la hoja de un cuchilo, montaba á caballo como un cetauro, guiaba con gracia un coche de cuatro caballos, era ágil como un querubín y tranquilo como un cordero, pero vencía á un hombre del arrabal al terrible juego del boxeo ó del garrote. Además de todo esto, tocaba el piano de tal modo, que podía hacerse artista si caía en la desgracia, y poseía una voz que le hubiera valido de Barbaja cincuenta mil francos por sesión; pero ¡ay de mí! todas estas hermosas cualidades, estos bonitos defectos, estaban empañados por un espantoso vicio. Enrique no creía en los hombres ni en las mujeres, en Dios ni en el diablo. La caprichosa naturaleza había empezado por aventajarle, y un sacerdote había acabado por hacerle superior. Para hacer comprensible esta aventura, es necesario añadir aquí que lord Dudley encontró, como es natural, muchas mujeres dispuestas á sacar algunos ejemplares de un retrato tan delicioso. Su segunda obra maestra en este género, fué una joven llamada Eufemia, habida de una dama española, educada en la Habana, llevada á Madrid con una joven criolla de las Antillas y con todos los gustos ruinosos de las colonias; pero casada, afortunadamente, con un anciano rico y poderoso español, llamado don Hijos, marqués de San Real, el cual después de la ocupación de España por las tropas francesas había ido á habitar París, y vivía en la calle de San Lázaro. Tanto por indiferencia como por respeto á la inocencia de la juventud, lord Dudley no dió cuenta nunca á sus hijos de las parentelas que les iba creando en todas partes. Esto es un ligero inconveniente de la civilización, pero ofrece tantas ventajas, que es preciso dispensarle estas desdichas en gracia á sus beneficios.

Lord Dudley, para no hablar más de él, fué en 1816 á refugiarse en París, á fin de evitar las persecuciones de la justicia inglesa, que tratándose del Oriente no protege más que la mercancía. Al ver á Enrique, el lord preguntó quien era aquel hermoso joven, y al oír su nombre, dijo:

—¡Ah! ¡es mi hijo! ¡qué desgracia!

Tal era la historia del joven que á mediados del mes de abril de 1815 recorría negligentemente el paseo de las Tullerías, al igual que todos los animales que conocen sus fuerzas y que marchan llenos de paz y de majestad. Los transeuntes se volvían sencillamente para verle, y las mujeres no se volvían, pero esperaban su vuelta, y para acordarse oportunamente, grababan en su memoria aquella dulce cara que no hubiese sentado mal al cuerpo más gentil de la más hermosa de todas ellas.

—¿Qué haces aquí en domingo? dijo el marqués de Ronquerolles á Enrique al pasar por su lado.

—Hay un pez en la nasa, respondió el joven.

Este cambio de pensamientos se hizo por medio de dos miradas significativas, sin que Ronquerolles ni de Marsay pareciesen conocerse. El joven examinaba á los paseantes con esa rapidez de mirada y de oído propia del parisiense, que al primer golpe de vista parece no ver ni oír nada, cuando en realidad lo vé y lo oye todo. En aquel momento un joven se aproximó á él y se cogió familiarmente á su brazo, diciéndole:

—¿Cómo va, mi buen de Marsay?

—Muy bien, le respondió de Marsay con un aire afectuoso en apariencia, pero que entre los jóvenes parisienses no prueba nada ni para el presente ni para el porvenir.

En efecto, los jóvenes de Paris no se parecen en nada á los jóvenes de ninguna otra villa, y se dividen en dos clases: el joven que tiene algo, y el joven que no tiene nada, ó el joven que piensa y el que gasta; pero oídlo bien. No se trata aquí de esos indígenas que arrastran en Paris el tren delicioso de una vida elegante. Existen en esta ciudad otros jóvenes; pero éstos son hijos que conciben muy tarde la existencia parisiense y se engañan. No especulan sino que estudian, laboran, según dicen los otros. Finalmente, se ven aquí ciertos jóvenes, ricos ó pobres, que estudiaron ciertas carreras y las siguen indefectiblemente; son ó tienen algo de Emilio Rousseau, de la madera del ciudadano, y no comen nunca en Sociedad. Los diplomáticos los llaman descortesemente necios. Necios ó no, aumentan el número de esas medianías, bajo cuyo peso se encorva Francia. Están siempre alerta, siempre dispuestos á entablar los negocios públicos ó particulares empujando y aplastando al país y constituyendo en cierto modo en el cuerpo político

una especie de linfa que le da una gordura fofa. Estas personas honradas llaman inmorales ó bribones á las gentes de talento. Si estos bribones hacen pagar sus servicios, al menos sirven; mientras que aquellos dañan y son respetados por la juventud; pero afortunadamente para Francia, la juventud elegante los estigmatiza sin cesar con el nombre de ganapanes.

Al primer golpe de vista, es, pues, natural creer que se distinguen mucho las dos especies de jóvenes que hacen vida elegante, amable corporación á la que pertenecía Enrique de Marsay; pero los observadores que no se detienen en la superficie de las cosas, no tardan en convencerse de que las diferencias que los separan son puramente morales y que no hay nada más engañoso que esta bonita corteza. Sin embargo, todos hablan á tontas y á locas de los hombres, de las cosas, de la literatura y de las artes; tienen siempre en la boca el Pitt y el Cobourg de cada año, interrumpen una conversación con un equivoco, ridiculizan la ciencia y el sabio, desprecian todo lo que no conocen ó todo lo que temen, y se ponen por encima de todo instituyéndose en jueces supremos de todo. Todos engañarían á sus padres y estarían dispuestos á derramar en el seno de sus madres lágrimas de cocodrilo; pero generalmente no creen en nada, hablan mal de las mujeres ó fingen modestia, y obedecen en realidad á una mala cortesana ó á cualquier vieja. Todos están igualmente careados hasta los huesos por el cálculo, por la depravación, por un brutal deseo de medrar, y si están amenazados del mal de piedra, sondándolos á todos, se les encontraría ésta en el corazón. En el estado moral, tienen las más engañosas apariencias, ponen en juego á cada paso la amistad, y son igualmente atractivos. En sus animadas gerigonzas domina siempre la misma rechifla, buscan la extravagancia en su modo de vestir, tienen á gloria repetir las tonterías de tal ó cual actor en boga, y se estrenan siempre con el desprecio ó la impertinencia al conocer á uno para ver si le ganan la primera parte de la partida; pero desgraciado del que no sabe sacarse un ojo para sacarles dos á ellos. Parecen igualmente indiferentes á las desgracias de la patria y á sus azotes. En fin, todos se parecen mucho á la bonita espuma blanca que corona las alas de la tempestad. Se visten, comen, bailan y se divierten el día de la batalla de Waterlóo, durante